INFORME PERSONAL DE CONTACTO

CUSCO, 2 DE MAYO DE 1998

Wasao está a sólo una hora de la ciudad del Cusco. Había llegado a este pequeño pueblo, conocido por los lugareños como “La Comunidad de los Hechiceros”, para ubicar a un misterioso personaje que jugó un papel importante dentro del proceso de la Misión Rahma: Alberto Huamaní.

Sergio, el guía turístico que conocimos dos años atrás cuando entonces partíamos rumbo al Paititi, me acompañaba en esta investigación; él había conocido a Alberto Huamaní en 1995, durante uno de sus constantes viajes a la citada comunidad. Lo que ocurre es que en Wasao se registran importantes ceremonias andinas, dirigidas por distintos Alto Misayoc que vienen de los lugares más alejados; incluso los mismísimos Q`eros han participado de estos rituales que se llevan a cabo una vez al año.

Efectivamente, Alberto Huamaní vivió en Wasao, conviviendo con otros sacerdotes de las alturas. Lo que más nos sorprendió, era que los lugareños afirmaban que el escurridizo Alto Misayoc se apellidaba “Layme” y no “Huamaní”. Por si esto fuera poco, aseguraban que el maestro era boliviano, y que había venido ya hace mucho para radicarse en nuestro país (?).

Para nuestra “suerte”, logramos conseguir su actual paradero, también en las cercanías de la ciudad del Cusco. Como mi vuelo de retorno a Lima estaba programado para el día siguiente, le encomendé a Sergio que continuara solo con las averiguaciones; ambos teníamos un interés especial en contactar al esquivo Maestro.

Regresamos por un camino afirmado que nos conducía a la carretera, allí esperaríamos una de las camionetas que se dirigen hacia la ciudad del Cusco. Poco a poco íbamos dejando las casas de adobe del pueblito, las mismas que contrastaban con un intenso cielo azul y con los verdes pastos de las montañas.

Una vez que ya nos hallábamos en el vehículo que nos llevaría a la ciudad, Sergio me preguntó si quería ir a la *Zona X*, un conjunto de cavernas que se hallan muy cerca de las ruinas de Sacsayhuamán. Ello me sorprendió, por cuanto últimamente había tenido diversos sueños donde me veía caminando por aquel paraje. Obedeciendo a una inesperada sensación, le dije a Sergio que sí.

* * *

Una vez que llegamos a la ciudad, abordamos otro vehículo que nos llevaría hacia “El Cristo Blanco”, una bellísima escultura de Jesús que está en lo alto de las montañas, con los brazos abiertos en señal de bendición y protección. Desde la Plaza de Armas se puede apreciar esta blanca figura. Desde allí continuamos a pie. Calculo que habremos caminado unos 40 minutos, hasta llegar a un cautivador paisaje que mostraba claras edificaciones incas en los alrededores. Era la 1:30 de la tarde, y desde aquel lugar veíamos con gran claridad el soberbio nevado Ausangate; según Sergio, uno de los Apus más poderosos.

Estábamos ya en la denominada Zona X, nombre que obedece al misterio que allí persiste, ya que son varias las personas que se han “perdido” al ingresar en las Chinkanas o túneles incas (*Chinkana* es una palabra quechua que significa “Laberinto”). Lo cierto es que estos laberintos subterráneos son anteriores al mismo Imperio Inca. Recordaba que cuando llegaron los conquistadores al Perú, consultaron con los indígenas sobre quiénes habían construído Sacsayhuamán y los túneles; los lugareños se limitaron a responder que estas moles de piedra siempre habían estado allí, y que los más ancianos de la región las atribuyen a una raza desconocida anterior a los incas: *los Paco Pacuris*.

La denominación *"X"* obedece también a que desde gran altura el conjunto de cavernas dibuja esta letra, como si el lugar hubiera sido marcado... Además, es muy sospechoso encontrar esculturas en la piedra, que se asemejan notablemente con las que hemos hallado en Hayumarca y Marcahuasi.

Ingresamos lentamente en el recinto pétreo, y se sentía una particular vibración que ya nos decía mucho del lugar que estábamos pisando. Nos acomodamos en el suelo y Sergio procedió a pedir "permiso" para explorar el lugar. Para ello se valió del ritual mágico que había aprendido de su Maestro, un Alto Misayoc del Ausangate, quien le había enseñado los secretos de la hoja de coca. Ni bien empezó a colocar las hojas sobre el lugar, un fuerte viento irrumpió, denotando sin lugar a dudas su origen sobrenatural. Una vez que se concluyó con la pequeña ceremonia, el viento desapareció, dejándonos a Sergio y a mí en un tenso silencio. Ya podemos entrar -comentó mi amigo-.

Fuimos explorando cada una de las entradas, y en varias ocasiones ingresamos en las cavernas a pesar de no contar con linternas -lo cual nos hubiera caído muy bien-. Así, llegamos hasta una "puerta" de piedra que demarcaba la entrada al mundo subterráneo del lugar. De inmediato me sentí poderosamente atraído por esa entrada, al punto que me acerqué para verla mejor y, para mi sorpresa, observé por un segundo una silueta humana que se desplazó rápidamente en la oscuridad del laberinto...

- ¡No entres!, me advirtió tajante Sergio, que había permanecido detrás mío observando.
- ¿Por qué? -le dije.
- No estamos preparados.
- Pero, ¿a qué te refieres con ello?

Me hizo una seña para que me sentara a su lado, en una roca que de seguro habría servido en el pasado como un altar para ceremonias. Allí me comentó que respetaba mucho el lugar, y que se sentía incómodo al ver como algunos turistas entraban gritando al recinto, como si se tratara de un juego. Entendí a Sergio, y continuamos con nuestra exploración sin ingresar por la puerta que había visto.

- Identificaste un templo -comento Sergio risueñamente.
- ¿Y como tú sabes eso? -le pregunté.
- Mi Maestro me lo confió...

Seguimos avanzando, y nuevamente se repitió la sensación anterior. Otra entrada me invitaba poderosamente a cruzarla y penetrar en la oscuridad del recinto.

- Quieres entrar otra vez, ¿verdad? -intervino mi compañero.
- Sí...
- Pues si quieres hazlo, pero yo te espero aquí, ya que me está empezando a doler la cabeza. Por favor, no te adentres mucho.

Dejé a Sergio a mis espaldas; se le notaba muy raro, como si supiera algo que no se atrevía a decir. Me había visto con tal seguridad de explorar el interior de la caverna que decidió esperarme afuera (no muy contento) hasta que regresara. Yo caminé tranquilo, sólo quería revisar el lugar y nada más. En aquel momento no me imaginaba que alguien me estaba aguardando en la Chinkana...

Avancé uno metros, y de pronto percibí unas "chispas" que salían de todas partes. Eran pequeñas, como el pétalo de una rosa, y emitían una fulgurante luz blanca. De inmediato sentí una fuerte energía, y tuve la impresión de que la caverna "desaparecía". Para cerciorarme de que no estaba imaginándome nada retrocedí unos pasos, y todo se esfumó como por arte de magia. Entonces volví a avanzar y el fenómeno empezaba otra vez, en el mismo lugar. Ello me invitó a pensar en una posible puerta dimensional, así que salí de la caverna, me quité la casaca y la mochila, y le pedí a Sergio que me esperara un poco más.

Me acerqué al lugar que ya había identificado y el fenómeno se inició otra vez; no tenía miedo, así que seguí avanzando con firmeza hasta que vi como del suelo emergía una energía plomiza, la misma que empezó a rodearme en espiral, de abajo hacia arriba. Cuando esta energía llegó a la altura de mi cabeza, observé al frente mío una silueta humana, blanca, delgada y muy alta que se venía acercando hacia mí. Permanecí de pie, con los brazos flexionados a la altura de los hombros -procurando con ello detectar el origen de las manifestaciones. Entonces, este ser que se acercaba flexionó también sus brazos, con las palmas hacia el frente, y llegó hasta donde yo me encontraba, permitiéndome que lo viera con gran detalle. Sólo puedo decir que era un ser bellísimo, pero a la vez extraño, ya que su cuerpo estaba formado por una especie de neblina luminosa. Parecía llevar túnica, y todo él irradiaba un profundo sentimiento de paz, que se traslucía en sus centelleantes ojos que me observaban con calma.

Y aquí ocurrió lo más extraordinario: se acercó más y juntó sus palmas con las mías, dejándome sentir una indescriptible sensación en todo mi cuerpo, que venía acompañada por una gran alegría y, al mismo tiempo, por una profunda nostalgia. Entonces, escuché con gran claridad su voz, que parecía la de un hombre joven, pero con un eco extrañísimo. Mientras permanecíamos juntos, tocándonos ambos las manos, me decía:

> *"Sólo queríamos decirte, que estaremos apoyando la labor de difusión que haz emprendido para dar a conocer nuestra existencia y nuestro mensaje".*
>
> *"Recuerda que si todo lo que viene no fuera importante no estarían pasando por tan penosas pruebas, que sólo procuran preparalos para cumplir adecuadamente con los designios del Plan".*
>
> *"Sabemos que tienen fuertes dudas, pero deben saber que nunca los hemos dejado solos..."*

De pronto, y a pesar de estar con los ojos abiertos, tuve una intensa visión, donde me veía acompañado por tres de estos seres. Uno me ponía una capa, el segundo me colocaba una especie de cinto dorado en la cabeza y el tercero me entregaba un cetro, también dorado.

> *"Revisa con calma la visión que haz tenido, ya que en ella encontrarás una clave simbólica que te acercará aún más al secreto; por lo pronto, te podemos decir que ya te encuentras preparado..."*

Ni bien me dijo esto, el ser luminoso retrocedió unos pasos, cruzando sus brazos a la altura del pecho mientras agachaba ligeramente la cabeza, como despidiéndose. Tan rápido como apareció se perdió en medio de la energía que brotaba del lugar. De seguro, si se trataba de una puerta dimensional, ésta no había sido abierta para que yo ingresara, sino para que este bondadoso ser saliera para darme el mensaje.

Cuando salí de la Chinkana, encontré a Sergio muy cerca, casi en la entrada. Entonces le pedí que ingresara para que pudiera vivir su propia experiencia y, para mi asombro, mi fiel amigo me dijo lo siguiente: "No, no estoy preparado; quizá en otra ocasión. Además, luego de ver esa luz blanca que no sé de donde salió y al tipo grandazo que estaba contigo con las manos levantadas, me da cierto temor meterme en el túnel...." (!). No lo podía creer, Sergio había estado observando el encuentro desde muy cerca. La impresión que ésta experiencia ha producido en su persona de seguro no se borrará jamás; a partir de esto Sergio ha empezado a cuestionarse una serie de cosas, que a pesar de su profundo conocimiento de la sabiduría andina, aún no había llegado a vislumbrar.

Personalmente, para mí fue una gran lección de amor de estos seres, que cada día se acercan más a nosotros con la sola intención de ayudarnos a construir una nueva humanidad. En verdad, sentí que este mensaje era para muchas personas que en aquel momento se hallaban representadas simbólicamente en mi persona. Quisiera transmitir este mensaje a todos aquellos que han venido pasando momentos muy duros, pero la verdad es que “mares tranquilos no forjan hábiles marineros”; además, es grato sentir que nunca hemos estado solos...

Con cariño, para todos mis hermanos de la Misión Rahma.

Ricardo González.